

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Viernes, 20 de Abril de 2012

¿ESTAMOS ANTE LA EDAD DE LAS GUERRAS DEL PETRÓLEO?

A lo largo de la Historia, *magistra vitae* en palabras de Cicerón, a poco que nos pongamos a rastrear, sea cual sea la Edad, la época, el periodo, comprobaremos que la naturaleza de la guerra, y por lo tanto, el origen de todos los conflictos, incluidos los sociales o civiles, se encuentran en la economía¹. La lucha de los pueblos a lo largo de la Historia no es otra cosa que el combate por la hegemonía política, cultural, militar, pero sobre todo, y ante todo, económica. Esto es así de sencillo y así de complejo. Ya en la Prehistoria, durante el Paleolítico Superior, los *homo sapiens* luchaban entre ellos y contra los *neandertales* sobre todo para controlar los recursos disponibles en un lugar determinado. Las primeras guerras se produjeron entre clanes y tribus de la Edad de Piedra. He aquí lo que apoya mi exposición. Piedra. Efectivamente, la piedra fue el primer gran recurso que fue *utilizado*, es decir, transformado o convertido en útil por el ser humano. Por supuesto, la piedra no es un elemento escaso, ni mucho menos. Pero las "piedras" que los primeros humanos modernos utilizaban, sí lo eran. El sílex, la cuarcita y el basalto eran fundamentalmente los materiales utilizados. Y no en todas partes podemos encontrar este tipo de elementos. De manera que, inevitablemente, quienes pudieron hacerse fuertes en estas zonas, se perpetuaron y dominaron a los grupos humanos cercanos. La diferencia entre poder fabricar bifaces (cuchillos) de sílex o fabricarlos de otra materia se puede explicar de forma muy sencilla: es la diferencia que puede existir entre los cuchillos de Albacete y los de China (con todos los respetos para los chinos). Por tanto, lo normal es que unos pudieran fabricar también mejores hachas, flechas, raederas (pieza que sirve para limpiar y curtir pieles), hendedores (para descarnar), etc. Y éstos tuvieran mejor alimentación y mejor vestido. Es difícil advertir cómo y cuáles fueron las primeras formas de intercambio de bienes. Todo nos induce a pensar que fue a través del trueque, porque es la fórmula más antigua y más sencilla que conocemos, pero en realidad desconocemos si esto fue así cuando no existía la Historia todavía. Es, además, la primera muestra de que, quien innova y domina una técnica (puesto que tecnología implica una serie de parámetros y conocimientos muy ajenos a la prehistoria), está en condiciones de dominar a quienes la desconocen o simplemente no la dominan. Más casos en el Paleolítico Superior: armas en hueso, el domino del fuego, el dominio de la técnica para pescar o navegar, son las más significativas.

Las primeras disputas se debieron al control de las materias primas más necesarias. Las siguientes, y las siguientes, y las que se dieron después también responden básicamente al mismo motivo. Si seguimos la secuencia histórica, aparece el Neolítico, que significa *Piedra nueva*, o pulimentada. De nuevo, una etapa histórica hace mención a una innovación técnica crucial, que, sin embargo, no fue lo más significativo de esa etapa. Lo que define al Neolítico en sí no es la nueva forma de fabricar utensilios de piedra, sino la capacidad que adquiere el ser humano para *domesticar* las plantas y los animales. En torno al 15000 a.C. algunos grupos debieron descubrir, muy probablemente de casualidad, que sembrando algunas semillas o frutos recolectados éstos crecían y daban nuevos frutos. Descubrieron una fuente de alimento renovable (puesto que hasta entonces, se limitaban a recolectar frutos y semillas comestibles que luego consumían). Eso propició que los grupos neolíticos dejaran de ser nómadas (siempre en busca de nuevos recursos una vez agotadas las existencias del lugar), para convertirse en sedentarios (puesto que ya tenían un alimento seguro prefirieron permanecer durante largo tiempo en ese mismo lugar, y además lo tenían que proteger). Así como la recolección dio lugar a la agricultura, de la misma forma, la caza dio lugar a la domesticación o cría de animales. Así, los grupos humanos pudieron tener un acceso seguro a otros productos como la leche, la lana, las pieles, y sus derivados. Se le llama la revolución de los productos secundarios. Cuando antes se limitaban a cazar un bóvido o un ovicáprido, o incluso un suido, ahora se dedicaban a cuidar venados, vacas, ovejas, cabras o cerdos. Los grupos que adquirieron estas novedades productivas subsistieron en mejores condiciones que los llamados Epipaleolíticos, grupos que seguían en Paleolítico con modos de vida propios de dicha etapa. Los neolíticos experimentaron la primera revolución demográfica. La mayor disponibilidad de alimentos posibilitó no solo una mejor alimentación, sino que se pudiera alimentar a más gente. Y sobre ello se fundarán los cimientos de los primeros Estados.

El siguiente peldaño sería el de la famosa Edad de los Metales, a medio camino entre la Prehistoria, la Protohistoria y la Historia Antigua. La metalurgia, precedida de la cocción de barro que dio lugar a la cerámica (fue el primer sistema de almacenamiento de productos eficaz), se convirtió en el nuevo elemento fundamental. De nuevo, y de la misma forma en que el sílex o la diorita se convirtieron en materias primas fundamentales para la sociedad paleolítica, los metales se convirtieron en fundamentales para las primeras sociedades urbanas o protourbanas. El primer metal en convertirse en importante fue el cobre, que en el caso de Europa y Oriente Próximo era abundante en la naturaleza, aunque necesitaba unos hornos que alcanzaran los 1083 grados centígrados para lograr la fundición, por lo que no todos los pueblos lo lograron simultáneamente. Todavía no se sabe a ciencia cierta las implicaciones que tuvo el cobre en estas sociedades. Pero se fabricaron armas de cobre, que aun siendo un metal débil con respecto a los posteriores, permitió a quienes lo dominaron conquistar un dominio cultural y territorial amplio. Quienes ignoraban o no tenían ni los conocimientos ni la capacidad para fundir cobre, tuvieron que someterse a quienes sí lo tenían. Y éstos últimos, comenzaron a dominar las rutas por las que discurría el flujo comercial incipiente (pasos, cañadas, vías, etc.), así como los accesos al agua (ríos y lagos), las zonas de riqueza natural tanto en la caza como en madera (los bosques), y así podríamos añadir diferentes elementos según nos desplazemos por la geografía europea, norteafricana o asiática. Para resumir, al cobre le sucedió el bronce, que requería de la combinación de cobre con entre un 3% y un 20% de estaño. El bronce es un metal mucho más duro y más resistente que el cobre, además de ser más llamativo, y se puso de moda. Mientras que la Edad del Cobre se situaría en Europa entre el 3400 a.C. y el 1800 a.C. más o menos, la del Bronce la situamos entre el 1800 a.C. y el 800 a.C. aproximadamente. El bronce se usó para fabricar armas, utensilios y artículos de lujo. Sin embargo, el cobre siguió siendo muy usado debido a que el estaño es un elemento que no es muy abundante en la naturaleza, y el proceso de obtención del bronce era mucho más lento y más caro. La lucha por dominar y controlar las rutas del estaño debieron motivar guerras de las que desafortunadamente no tenemos datos verídicos o

fehacientes, y solo podemos hacer conjeturas a partir de los restos arqueológicos. En el 800 a. C. más o menos, la innovación en los hornos llegó hasta el punto de alcanzar más de 1539 grados centígrados, punto de fusión del hierro, un mineral más abundante que el estaño, y que por tanto, pronto sustituiría al bronce, sobre todo en las herramientas de labor y en los armamentos. Quienes dominaron el hierro, dominaron al resto de sus rivales. Que se lo pregunten a los asirios, los babilonios o los persas. En Europa asistiremos al esplendor político y militar de dos grandes potencias: los griegos (y no Grecia, puesto que en la Antigüedad nunca formaron un Estado unitario), y Roma. Sin embargo, académicamente es más correcto referirnos a estas etapas como “históricas”, ya que tenemos testimonios escritos de primera mano sobre ambas culturas. Pero hasta la aparición del acero, el hierro siguió siendo el principal metal utilizado en Europa, y en el resto del mundo conforme se fue dando a conocer.

En puridad, la Edad del Hierro entronca con la Revolución Industrial, pues siguió siendo un recurso económico fundamental para el desarrollo de las sociedades: las herramientas y los aperos de labranza de hierro resistían mejor y mejoraban la calidad del cultivado en la agricultura. Aunque el hierro no se incorporó a la arquitectura hasta el siglo XIX, las herramientas de pulido, corte y extracción de la piedra eran de este metal. Hubo zonas de la Europa del norte que no conocieron el hierro hasta el siglo VII-VIII. Sus instrumentos eran de madera, y la calidad de sus cultivos, pobre. Cuando lo obtuvieron, produjeron tanto que su población se vio obligada a emigrar (las invasiones vikingasⁱⁱ). Naturalmente, lo más básico y necesario siempre ha sido el alimento: los cereales. Primero los griegos, y después Roma, dependieron de los enormes graneros del Mediterráneo para alimentar a su pueblo: Hispania, Cartago, Egipto y Ucrania. Cada época tiene, además, sus materias primas clave. Materias que, según las zonas, pueden o no ser abundantes. Es la división internacional de la economía: países productores, países clientes o compradores, países transformadores (de esa materia prima en productos derivados que, además, a veces, venden de nuevo a los productores) o países ajenos o no dependientes del producto (por desconocimiento o por no constituir una necesidad para ese país). Un ejemplo más sería, durante la Edad Moderna (siglos XV-XVI-XVII) el hecho de que, por efecto de la caída de Constantinopla (hipermercado mundial donde se intercambiaban productos de Europa y África con los de Asia), las potencias ibéricas se lanzaran a la búsqueda de una ruta directa por mar hacia Asia que evitara pasar por tierras turcas, y por tanto, pagar los enormes aranceles, sobre todo por las especias, a los infieles. En el siglo XVII, los ingleses y los holandeses introdujeron el comercio ilegal, abrieron sus propias rutas, y acabaron por desplazar a portugueses y españoles a un lugar secundario.

Con la Revolución Industrial, Gran Bretaña convirtió al vapor en la fuente de energía principal, y el textil barato, en el producto estrella. Los europeos se incorporaron con cuatro décadas de retraso. A finales del siglo XIX, el ferrocarril con la máquina de vapor era el transporte más utilizado, lo más vendido era la ropa y Gran Bretaña, Bélgica y Francia, las principales potencias mundiales. En un par de décadas, todo se volvió a transformar. La electricidad y el petróleo se incorporaron como fuentes de energía, que terminarían por desplazar al vapor. Los productos químicos serían la estrella. Y al enorme barco de vapor, transatlánticos (Titanic), se incorporaría el automóvil con motor de explosión de gasolina. El ferrocarril siguió siendo sin duda el medio más barato de transporte. Pero quedó relegado a un segundo plano. Y hoy, en el siglo XXI nos encontramos con que, efectivamente, seguimos utilizando las mismas fuentes de energía que a finales del XIX: sobre todo electricidad y petróleo. Una, la electricidad, puede ser producida de diferentes maneras, unas más polémicas (energía nuclear) y otras más acordes con la naturaleza (renovables como el viento o el agua). La otra, el petróleo, con fecha de caducidad a plazo fijo. La industria petrolera junto a la eléctrica son, a día de hoy, las más rentables. Pero lo son porque son completamente necesarias para nuestra sociedad, y para nuestro modo de vida. Estamos inmersos en la Edad del Petróleo. The Age of Oil Wars lo podría titular en inglés. Porque sabemos que es un recurso tan esencial como no renovable. Es así como se explica la Primera Guerra Mundial (Alemania pretendía fundamentalmente mantener un enorme imperio ultramarino con fácil acceso a yacimientos petrolíferos), la Segunda Guerra Mundial (donde rusos y alemanes lucharon fundamentalmente por controlar los enormes campos de petróleo de Rumanía, Ucrania y el Cáucaso, mientras que Italia preservaba los suyos en Libia y se lanzaba sobre Egipto para llegar a Arabia, y en el Pacífico, Japón ocupaba Indonesia, que podía abastecer a su imperio durante décadas). En la guerra fría también asistimos a Guerras del Petróleo: el conflicto con el primer ministro iraní Mossadeq en 1953; con el presidente egipcio Nasser; la crisis de 1973; las guerras en Angola, Mozambique, el Congo, etc. Y ahora seguimos en esas: la guerra del Golfo de 1990-1991, los bombardeos de Somalia en 1998, las guerras de Afganistán e Iraq en 2002 y 2003; el conflicto con el Irán islamista (1979-2012) y las nacionalizaciones de las petroleras en la América del neopopulismo como Chávez en 2007 y Fernández de Kirchner en 2012.

Es decir, y para acabar, el petróleo ocupa ahora mismo el lugar que ocupó en su día el cobre, el bronce o el hierro en la Europa protohistórica, y como el ser humano sigue siendo fundamentalmente el mismo, pues está ocurriendo lo mismo que ya ocurrió hace cinco milenios: la lucha para prevalecer por encima del resto. Nada nuevo bajo el cielo.

ⁱ Según el DRAE, **economía** es:

1. f. Administración eficaz y razonable de los bienes.
2. f. Conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de una colectividad o un individuo.
3. f. Ciencia que estudia los métodos más eficaces para satisfacer las necesidades humanas materiales, mediante el empleo de bienes escasos.
4. f. Contención o adecuada distribución de recursos materiales o expresivos.
5. f. Ahorro de trabajo, tiempo o de otros bienes o servicios.
6. f. pl. Ahorros mantenidos en reserva.
7. f. pl. Reducción de gastos anunciados o previstos.

ⁱⁱ Es una de las teorías que manejan los historiadores. La otra es la de que se produjo una variación climática que impedía aumentar los cultivos en la Europa nórdica y por tanto se vieron obligados a buscar mejores tierras.